

31 Marzo 76

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

UNA VIEJA,

ZARZUELA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. FRANCISCO CAMPRODON,

MÚSICA DEL

MAESTRO GAZTAMBIDE.

—
QUINTA EDICION
—

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.-40.-2.º

1876.

L47 - 6751

UTMA VITTA

U. S. DEPARTMENT OF AGRICULTURE

WASHINGTON, D. C.

1910

99-6

UNA VIEJA.

ZARZUELA EN UN ACTO,

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

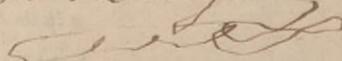
DON FRANCISCO CAMPRDON,

MÚSICA DEL

MAESTRO GAZTAMBIDE.

Representada por primera vez en el Teatro de la Zarzuela en
Diciembre de 1860.

QUINTA EDICION.

José Rodríguez


MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

PERSONAJES.

ACTORES.

ADELA.....	SRTA. RAMOS.
CONRADO oficial.....	SR. SANZ.
LEON, pintor.....	SR. CUBERO.
PANCHO, mayordomo.....	SR. ARDERIUS.
UN CRIADO.....	SR. N. N.

La escena pasa en Méjico, en 1826.

Requiere 4.34 lib. 26

La propiedad del libreto de esta zarzuela, la del de

El Dominó azul.	Un pleito.
Los Diamantes de la Corona.	Beltran el aventurero.
Tres para una.	Un Cocinero.
Guerra á muerte.	¡Quien manda manda!!
El Vizconde.	El diablo las carga.
El Diablo en el poder.	El zapatero y el banquero.
El Lancero.	El gran bandido.
Juan Lanas.	Del palacio á la taberna.
El relámpago.	Los dos mellizos.
Una niña.	Los suicidas.
La Jardinera.	Marina.
Por conquista.	Galatea.
	El pan de la boda.

y la de los dramas

Espinas de una flor.	Una ráfaga.
Libertinaje y pasion.	Fior de un día.

pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

ACTO ÚNICO.

Salon con puertas: una en el fondo y dos á cada lado. Un tocador bajo con espejo, fondo izquierda: en primer término piano, izquierda: mesa de libros, albums, etc., á la derecha. Ventanas en los ángulos del fondo. Sillas, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA.

PANCHO, mirando á las ventanas como si hablara á los criados que se suponen fuera

Á ver como me dejais
el jardinito arreglado
y los paseos barridos;
pero limpitos, ¿estamos?
No diga el huesped que somos
muy flojos los mejicanos;
y sobre todo nuestra ama
lo ha dispuesto, y yo lo mando.

(Viniendo á la escena.)

Sin este afan que yo tengo
de darle la última mano
á todo lo que me encargan,
sería esta casa un páramo.
Bien puede estar satisfecha
la señora, del cuidado

con que me esmero en servirla:
¿qué haría sin mí á sus años?
La pobre es anciana y viuda
y... (Sale un Criado.)

¿qué es lo que tú traes?

CRiado. Traigo,

que abajo hay un español
que llegó ahora á caballo,
y dice que viene á ver
á ese capitan que trajo
el ama en su compañía.

PANCHO. Duerme la siesta: no estamos
para recibir aún.

CRiado. Que trae un viaje muy largo.

PANCHO. Que lo traiga y que se espere:
el capitan está malo
todavía de su herida,
y debemos esmerarnos
en guardarle el miramiento
que la señora ha mandado;
¿sabes?

CRiado. ¿Qué le digo entónces?

PANCHO. Lo que te he dicho, zanguango.

(Váse el Criado.)

Á no estar yo aquí, ese imbécil
ya le hubiera despertado.
Mas calle, ya viene aquí.

ESCENA II.

DICHO y CONRADO, de la primera puerta derecha.

PANCHO. Buenas tardes: ¿cómo vamos,
capitan?

CONR. Bastante bien;
me siento ya reforzado
y con ánimo de dar
un paseo por el campo.

PANCHO. ¿Con que hay buen humor, eh?

CONR. Mucho.

PANCHO. Me alegro.

CONR. Gracias: acabo

de leer un periódico
en que vi que os han cascado
bien las liendres nuestras tropas.

PANCHO. ¿Á quién?

CONR. Á los mejicanos.

PANCHO. Calla, y eso os da alegría?

CONR. ¡Pues no ha de dármela! ¿Acaso
por estar yo prisionero
te figuras que he dejado
de ser español?

PANCHO. Despues
que el ama os ha afianzado
con todos sus bienes para
que vos pudiéseis curaros
aquí, ¿deseais que venga
el español á zurrarnos?

CONR. No temas: ojalá venga
y pueda llegar el caso
de poderme desquitar
con tu señora de tantos
obsequios como le debo,
que no sé cómo pagarlos.

PANCHO. Del mal el menos, siquiera ..
¡Ah! se me había olvidado
deciros que un español
que llegó desea hablaros.

CONR. ¿Y por qué no me lo has dichô?

PANCHO. Como estábais descansando,
tomé á mí cargo el decirle
que esperara.

CONR. Pero, Pancho,
que no has de hacer cosa alguna,
ni aun pasar un recado,
sin la funesta manía
de tomar siempre á tu cargo
el quererlo enmendar todo!

PANCHO. Yo creí haber acertado.

CONR. Cuando te pido agua fresca,
te vas y me traes caldo,
por ese afan sempiterno...

PANCHO. Si, señor, porque es más sano.

CONR. Anda, vé, y dile que pase;

¿entiendes? Sin enmendarlo.
(Váse Pancho.)

ESCENA III.

CONRADO, solo.

MUSICA.

Un español que viene
á verme aquí;
el alma se transporta
á mi país.

Yo siento aquí un ambiente
de inmensa languidez:
en este paraiso
me falta una mujer;
la busco en vano
en derredor;
la llama á voces
mi corazón.
Está sin alma
todo este eden;
la maga de mis sueños
no vaga ¡ay Dios! en él.
Auras de España,
venid á dar
á un alma inquieta
la dulce paz;
ponedme cerca
de esa ilusion
que vaga siempre
en derredor;
de mi querella
llevalde el son.
llevad hasta ella
la voz de mi amor.

ESCENA IV.

DICHO y LEON, que corre á abrazar á Conrado.

DECLAMADO.

CONR. ¡Leon!

LEON. ¡Querido Conrado!

CON. ¿Tú por aquí?

LEON. Aprieta fuerte.

CONR. Tras tanto tiempo sin verte.

LEON. No tanto, el año pasado,
en Méjico: en el momento
que estalló la rebelion
estabas de guarnicion
allí con tu regimiento;
mas luégo perdí tu huella
cuando saliste á campaña.

CONR. ¿Has renegado de España,
Leon?

LEON. Eso no; aunque en ella

fué mi trabajo infecundo:
y de la fortuna al cebo,
para encontrar algo nuevo,
dije: voy al Mundo Nuevo.
En el viejo hay tal enjambre
de sabios de atrevimiento,
que el verdadero talento
suele morir de hambre.
Dicho y hecho; me embarqué
buscando con mis pinceles
dónde sentar mis cuarteles
y en Méjico me instalé;
y hallé un país seductor
que siendo rico de sobras
representan nuestras obras
y no pagan al autor:
con mucho jefe ambicioso,
poco respeto á la ley,
casados que hacen el bucy,

solteros que hacen el oso,
banqueros con egoísmo,
coquetas con travesura,
nuestra España en miniatura,
lo mismo, chico, lo mismo.

CONR.

¿Y has hecho suerte?

LEON.

Así, así,

no me escasea el dinero:
hoy soy pintor extranjero
y valgo más, como allí.

CONR.

Recuerdo que á tu pincel
le debo más de un buen rato.

LEON.

¿Te acuerdas de aquel retrato
que te enamoraste de él?

CONR.

¿Qué tipo tan celestial!
más que terrestre mujer
un ángel debía ser
sin duda el original.

Ante aquella copia, llena
de cariñosa expresion,
me decía el corazon:

LEON.

anda, sueña, busca y pena.
¿Y á quién hay que retratar
en esta quinta, Conrado?

CONR.

¿Cómo?

LEON.

Vengo contratado
expresamente á pintar.

CONR.

¿Á pintar aquí?

LEON.

Sí tal;

vino á mi casa un banquero
diciéndome, caballero,

¿sois vos Leon Carvajal?

«Servidor.» Pues tengo encargo
de proponeros hacer

un retrato de mujer

á un trecho bastante largo.

«Si pagan bien, allá voy.»

Lo que pidais os darán,

«Dos mil pesos.» Aquí están.

Cobré, partí y aquí estoy.

CONR.

Otro rasgo de bondad
de mi noble bienhechora.

LEON. ¿Quién es ella?

CORN. Una señora
que tiene bastante edad;
un día, de sobremesa
le encarecí tu persona,
y ella es quien me proporciona
esta agradable sorpresa.
Ella mi herida ha curado,
me ha afianzado, y según veo
no puedo tener deseo
que no vea realizado.

LEON. Absorto, chico, me dejas:

¿y á qué debes sus cuidados?

CORN. Viniendo con cien soldados

de la provincia de Tejas,

un día al amanecer

topé un convoy enemigo,

me vuelvo á mi tropa y digo:

muchachos, cayó que hacer.

Puse mi escuadron al trote,

y de buenas á primeras

les cargamos como lieras

matando gauchos á escote:

y en medio de aquel desmoche

oí una voz muy contrita

de una pobre viejecita,

que desde el fondo de un coche

con el mayor desconsuelo

amparo me demandaba;

parecióme que me hablaba

mi madre que está en el cielo.

Fuí y la dije: no temais

que nadie os falte al respeto,

que yo escoltaros prometo

hasta donde vos querais.

Casualmente ella llevaba

nuestra misma direcccion,

le di pues conversacion,

la servía, la cuidaba,

y fuimos perfectamente

algunos días así,

hasta que al cabo, héte aquí

que me veo de repente
cargar por una legion
de hordas indisciplinadas,
con fuerzas centuplicadas
contra mi corto escuadron.
En tal apuro, ¿qué hacer?
mi tropa escapar quería,
pero dejar me dolía
á aquella pobre mujer,
que con voz enternecida
me suplicaba doliente;
mandé á mis chicos dar frente
y aceptarles la partida.
Dicho y hecho.

LEON.

Caracoles,

yo que ellos te planto allí.

CORN.

No se portan nunca así
los soldados españoles.

Dóciles siempre á mi voz
el coche aquel rodearon,
y en torno de él pelearon
con un ímpetu feroz:
hasta que un tiro certero
en un hombro me alcanzó,
y en el suelo me dejó
sin sentido y prisionero.

Desde entónces ya no sé
lo que pasaría allí,

sé sí que al volver en mí
en esta quinta me hallé
con mi anciana compañera,
quien con ternura exquisita
ha sido un hada bendita
velando en mi cabecera.

LEON.

Correspondió tu pareja,
y en tu parecer abundo,
lo mejor del Nuevo Mundo
hasta ahora, es una vieja.

CORN.

Sí, merced á la bondad
con que ella me ha afianzado,
paso tranquilo á su lado
mi alegre cautividad.

Junto á mi lecho sentada,
me ha hecho olvidar mi pena
su conversacion amena,
su asistencia delicada,
ó la dulce melodía
que en el clave preludiaba,
cuando mi frente nublaba
la negra melancolía.

LEON. Bien, hombre, bien, y... sepamos,
á ojo, ¿qué edad le das?

CONR. Setenta años.

LEON. ¿Nada más?

No es muy niña que digamos,
mas tampoco es una edad
avanzada en demasía;
para un siglo, todavía
le faltan treinta, ¿verdad?

CONR. Siempre el mismo: ya supones...
qué salida de pavana.

LEON. Mira que en la edad temprana
son muy fuertes las pasiones.

CONR. Pues mira, más de una vez
escuchando soñoliento
la vibracion de su acento,
que hace olvidar su vejez,
soñé un tipo de mujer
que adoraría de hinojos;
pero así que abro los ojos
no hay más remedio que ver.

LEON. Me tranquilizo. Su vista
te hará olvidar lo demas.

CONR. Ella viene, tú verás
como tambien te conquista.

ESCENA V.

DICHOS y ADELA, por la primera puerta izquierda.

MÚSICA.

- CONR. Noble señora,
tengo el honor
de presentaros
á mi amigo Leon el pintor.
- LEON. Tengo, señora,
á mucho honor.
ser hoy el huesped
de una dama tan digna cual vos.
- ADELA. Mi noble casa adquiera
un singular blason
al hospedarse en ella
el talento y el valor.
- LEON y CONR. Gracias, señora,
por tanto honor.
- ADELA. Faltará en mis alamedas
al pintor la inspiracion,
no hallará á quien dar el bravo
los trofeos del valor.
Solamente hay una anciana
que os dirá con débil voz,
por estos surcos
que el tiempo abrió,
en otras fechas
pasó el amor.
- LEON y CONR. Aunque el cabello
encaneció,
teneis muy jóven
el corazon.
- LEON. De gracias un tesoro
tiene vuestra alma.
- ADELA. Las gracias con arrugas,
no tienen gracia.
- LEON. En toda regla
hay su excepcion.

ADELA. Yo al ménos tengo
esa opinion.

Sólo se ve á las flores
lucir sus galas
bañadas del rocío
de la mañana:
así que el sol
sus frescas hojas seca
marchitas son.
Ay, Dios,
marchitas son.

CORN. y LEON. ¿Por qué la que tan jóven
conserva el alma
ha de perder el brillo
de la mañana?
Es un dolor
hallar en el ocaso
tan bella flor.
Ay, Dios,
tan bella flor.

(Se sienta Adela é invita á los dos á que hagan lo mismo y lo hacen. La posición será: Leon primera figura derecha, Conrado en medio y Adela izquierda.)

DECLAMADO.

ADELA. Yo celebro con el alma
que un amigo venga á hacer
gratas las horas ingratas
que á mi lado pasareis.

CORN. Señora...

ADELA. Es peso tan grave
el peso de la vejez,
que suele tronchar el báculo
si mucho se apoya en él.
Yo os traía, por pensar
que algo puede distraer
las largas noches, mis ocios
de literata: entendid

que escribo sin pretensiones,
y que al fin, como mujer,
á la pobre ortografía
le doy un trato cruel.

LEON. No es extraño: yo, señora,
tuve una novia en Jaen
que decía que me amaba
con el *coracon*, y que
yo no tendría *breguenza*
si quería á otra *muguer*;
en el mes de *Marco*, el año
diez y ocho mil diez y seis.

CONR. (Hojeando el cuaderno de Adela.)
Qué es ello?

ADELA. Episodios raros;
anécdotas que escuché
de la presente campaña,
y que en mi afán de coser
con hilo de mi magín
á mi manera hilvané.
Os ruego no las leáis
hasta no tener que hacer;
cuando el hastío es muy grande
cualquier cosa sienta bien.
Hablemos de vuestro amigo.

CONR. Mi amigo ha venido á hacer
en vuestro retrato alarde
de su mágico pincel.
¡Pinta con una verdad!...

ADELA. Lo siento mucho.

¿Por qué?

CONR. Porque como yo estoy mal
y sé que él retrata bien,
traerá á mi memoria de hoy
los recuerdos de mi ayer;
y así que en España vean
ese cuadro, por mí fe
exclamarán: «¡Vaya un cuadro!»
y entónces vos, ¿qué direis?

CONR. Que á través de esas arrugas
el alma entera se os ve;
y que quien os juzgue mal

es que no os ha visto bien.
Compañía al de mi madre
ese retrato ha de hacer:
junto el recuerdo en mi alma
y el retrato en la pared.

ADELA. Ante ese recuerdo santo,
gustosa presto á mi vez
mi busto, busto tan raro
como muestra de almacén.
En fin, tiene la ventaja
de que aunque lo llegue á ver
vuestra novia ó vuestras novias,
no os darán celos á fe.

LEON. Ni el plural ni el singular
habla, señora, con él:
¡si Conrado es lo más raro!...
solo ha querido una vez.

ADELA. ¿Sí?

LEON. Se enamoró de un cuadro
que yo en Méjico pinté
de un retrato que me dieron
para sacar copia de él,
perteneciente á una dama
casada con no sé quién,
á la que no vió en su vida
ni yo tampoco. ¿No es
un absurdo amar á un lienzo
que no puede responder,
habiendo por esos mundos
tantas muchachas de bien
que tienen huesos y carne,
cintura, manos y piés?
Señora, no hay hombre cuerdo
que tal absurdo resista.

ADELA. Estamos, señor artista,
completamente de acuerdo.

(Dirigiéndose á Conrado.)

Amad siquiera una vez,
y en esa dulce inquietud
emplead la juventud,
que os lo dice la vejez:
emplead vuestro deseo

en esa senda florida,
que la fuerza de la vida
no tiene mejor empleo.
Olvidados del querer,
dejando el amor atrás,
no hallan la dicha jamás
ni el hombre ni la mujer:
y aunque pegue de indiscreta,
permitid que en confianza
use de una semejanza
casi digna de un poeta.
El amor es una flor
que aun cuando en la tierra vive,
tan sólo el alma percibe
el perfume del amor.
Van el hombre y la mujer
empujados del destino,
la encuentran en su camino
y ambos la quieren coger:
si uno de ellos no es sincero,
al tender ambos los brazos,
rompe la flor en pedazos
el que la coge primero.
Pero si son tan felices
que sientan igual amor,
entonces vive la flor,
porque tiene dos raíces;
y las dos, de igual manera,
deben cuidarse á porfía,
que la flor muere en un día
con una raíz que muera.
Pero si vive, es consuelo
de toda alma dolorida,
porque esa flor de la vida
tiene el aroma del cielo:
y al arrugarse la tez
cuando el cuerpo se desploma,
nos templá aún con su aroma
el frío de la vejez.

LEON. Excelente moraleja
para hacerle entrar en caja.

CONR. (Esta vieja es una álbaja.

- LEON. Pero es un alhaja vieja.)
CONR. Nunca se pintó el amor
con pincel más delicado.
ADELA. Cuando vos hayais amado
sabreis pintarlo mejor.
LEON. Qué de conquistas no haría
vuestro acento seductor.
ADELA. Para ser mi confesor
sois muy jóven todavía.
CONR. Seguid, y Leon podrá
empezar vuestro retrato...
ADELA. No corre prisa: otro rato...
LEON. Yo estoy pronto.
ADELA. Tiempo habrá.
¿No sabeis vos que á mi edad
es manía de los viejos
odiar retratos y espejos
porque dicen la verdad?
El pintor está rendido
del viaje, y más valiera
que vos, un rato siquiera,
le halagárais el oido.
Haced vos el gasto un rato,
y si la pereza es mucha,
figuraos que os escucha
la señora del retrato.
Yo cantaba de aficion
en mis tiempos, y pensaba
que quizá una nota daba
medida de un corazon.
CONR. Pero...
LEON. Te haces de rogar.
CONR. De ningun modo, eso no.
ADELA. Pues sois tan amable, yo
procuraré acompañar.
Y á ver si habríais brecha
fraseando una cancion
que yo escribi de aficion
hace ya... callo la fecha.



MÚSICA.

(Adela entrega una cancion á Conrado, que éste canta leyéndola.)

CONR. Mal hayan ¡ay! las brisas
que van á España,
que hacen llorar las niñas
americanas.

Ay, mamá, que noche aquella
en que el falso me decía,
niña mia, por lo bella
tú has de ser la estrella mia.
Ay, mamita, qué mudanza
me ha causado un español,
que al llevarse mi esperanza,
me dejó sin luz ni sol!

Mimadme mucho
por compasion;
yo estoy malita,
yo tengo amor.
Por Dios, mamita,
mandad por él,
que si no vuelve
me moriré.

ADELA. Dais á esa frase
poca expresion,
debe decirse
con más calor.

(Adela repite la frase, empezándola con voz de vieja y pasando á la voz natural con todo el colorido y efecto posible.)

Mimadme mucho, etc.

LEON y CONR. Qué buen estilo,
qué buena voz;
conserva rasgos
de ruiñeñor.
En nuestra España
jamás topé
con una vieja
de tal jaez.

- LEON. Cáspita, y qué modo
tiene de cantar,
habrá sido una
notabilidad.
- CONR. ¿No te lo decía
que era celestial?
- ADELA. (Con voz de vieja.)
No os burleis, señores,
de la ancianidad!
- (Los tres repiten el estribillo, pero Adela ya con
voz de vieja.)

ESCENA VI.

DICHOS y PANCHO, sobresaltado.

HABLADO.

- PANCHO. Ay, señora de mi alma,
vengo toito aplanao.
- ADELA. ¿Qué ha sucedido?
- PANCHO. Es muy grave,
y yo no puedo enmendarlo.
- ADELA. ¿Acabará de decirlo?
- PANCHO. Primero he de empezarlo.
- ADELA. ¿Qué hay?
- PANCHO. Que el gobernador,
que es un peaso de bárbaro,
ha recibido una orden
para internar en el acto
á toos los prisioneros
que no sean mejicanos.
¿Estamos?
- ADELA. ¡Dios mio!
- CONR. ¿Cómo?
- PANCHO. Y el caso es, que está empeñado
en que esta noche sin falta
han de salir escoltaos
pá la provincia de Tejas.
¿Estamos?
- LEON. Qué alma de cántaro.

ADELA. ¡Imposible! Cuando aún
se encuentra el pobre Conrado
con las heridas abiertas...
¡Esto fuern un atentado!
Yo me opongo.

PANCHO. Y yo tambien
me opuse, pero es el caso
que el señor gobernador,
que es muy duro y muy... ¿estamos?
sólo por *hacernos guaje*
á la señora y á Pancho,
pone pena de la vida
al que no cumpla su bando.

LEON. (¡Canario!)

ADELA. ¡Qué atrocidad!

CORN. ¡Ira del cielo!

LEON. Conrado,
no ha que apurarse por eso,
yo voy contigo; qué diablos,
en la provincia de Tejas
no ha de faltarnos tejado.

ADELA. No, señor, yo no lo quiero,
eso no se hace entre vándalos.

PANCHO. Eso es lo que digo yo.

ADELA. Venid, venid á mi cuarto
á ver si encontramos un
medio de salir del paso.

PANCHO. Eso es lo que digo yo.

LEON. ¿Pero qué dices? Sepamos.

PANCHO. Ahora nada, porque el otro
dise que va á fusilarnos,
que si no, ya lo diría,
porque soy muy hombre, ¿estamos?

ADELA. Me ocurre una buena idea,
venid. (Á Conrado.) Ven tú tambien, Pancho.
(Yáanse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

LEON, solo.

¡Qué recurso será ese!

No lo entiendo, vive Dios:
pues yo no le dejo solo
aunque se vaya á Joló.
Por fortuna en todas partes
recursos tiene el pintor;
pintaré por el camino
paisajes de luna y sol,
con vaquitas y cabritos
y una pastoreita ó dos.
Si en un castillo nos zampan,
retrato al gobernador,
y á su mujer, y al conserje
y á toda la garnicion;
y si en el castillo hay prójimas,
¡para qué nos hizo Dios!

MUSICA.

Haré por ponerme triste
para que digan al verme así,
chinito, ¿te has puesto malo?
y yo muy serio diré que sí.
Haré que me canten tangos
de esos melosos de sí señó;
de aquellos que al escucharlos
en una cuna mecido voy.

Que ya viene el alba,
que ya sale el sol,
ay, chinito, vete
por amor de Dios.
No me des más dulce,
pues temiendo estoy
que el que ayer me diste
se me indigestó.

Y yo el contraste haré despues
con unas seguidillas de Lavapiés.

Para bailar manchegas
vestido corto,
que el que las mire, gane
el purgatorio,
No tienen miga

si no se ve en las vueltas
hasta la liga.

ESCENA VIII.

BICHO y PANCHO, que saliendo con un papel en la mano,
tropieza con él.

DECLAMADO.

- PANCHO. Su mersé dispense.
LEON. Bárbaro,
que me has dado un pisoton.
PANCHO. Es que soy activo...
LEON. ¿Y qué?
PANCHO. Y que voy de oficio...
LEON. Y yo,
¿qué tengo que ver cen eso,
pedazo de...
PANCHO. Sí, señor,
es que yo ando muy de prisa,
muy de prisa; porque soy
listo, y tengo sobre mí
la casa y la direccion
de la casa, y los asuntos
de la casa, y como' yo
soy tan diligente, estamos?
me han dado una comision...
LEON. ¿Y para qué?
PANCHO. Es un secreto.
Ea, quede usted con Dios.
LEON. Espera, hombre.
PANCHO. Voy de prisa.
LEON. Cuéntame siquiera...
PANCHO. No. (Váse por el fondo.)
LEON. Dime al ménos... que si quieres,
es un bagaje mayor.
Pues señor, en nuestras filas
ha penetrado el terror:
¿cómo ha de ser! Preparémonos
á emprender la expedicion

para Tejas; ¿qué más da
ir á Tejas que al Mogol?

ESCENA IX.

DICHO y CONRADO.

- CONR. Pero hombre, ¿qué haces ahí?
LEON. Estaba echando mis cuentas
para el viaje.
- CONR. ¿Para el viaje?
LEON. Á la provincia de Tejas.
Mira, yo voy á comprar
un jamon y frutas secas
para el camino, ¿eh? De paso
tomaré algunas botellas...
- CONR. ¿Para qué?
LEON. Para beber.
CONR. Si no hay tal viaje.
LEON. ¿De veras?
ya lo comprendo, habrá sido
una mala inteligencia
de aquel bárbaro. ¿Eh?
- CONR. No tal.
La órden que él dijo es cierta,
pero hay modo de eludirla.
LEON. Escapándonos.
CONR. Nos fuera
imposible.
- LEON. Pues entónces...
CONR. Un recurso de mi vieja:
es la mujer de más chispa...
- LEON. Á ver, á ver, cuenta, cuenta.
CONR. Esa órden que has oido
hace sólo referencia
á los españoles que
son prisioneros de guerra.
- LEON. Pues, y nosotros, ¿qué somos?
CONR. Hombre, por Dios, ten paciencia:
los mejicanos están
exceptuados de la pena,
y si me hago mejicano

- LEON. no entro en la ley y me dejan.
Irias á renegar
de tu patria y tus banderas
ante el peligro? Conrado,
por Dios, mira que eso fuera...
- CONR. ¿Me crees á mí capaz
de semejante bajeza?
- LEON. Pues entónces no te entiendo.
- CONR. Entre las varias maneras
que hay para ser mejicano
ya sabes que es una de ellas
casarse con mejicana:
¿me entiendes ya?
- LEON. Ni una letra.
- CONR. Cuidado si estás hoy torpe.
- LEON. Gracias, sigue.
- CONR. Si me dejas
trataré de hacerlo.
- LEON. Callo.
- CONR. Tengo mujer que me quiera
y me caso, y tengo hoy mismo
carta de naturaleza.
- LEON. Mal aconsejado jóven,
quién te imbuyó esas ideas?
Cuando todo este país
lucha por su independencia,
¿tú vas á dejar la tuya
en manos de una doncella?
Ántes que á la vicaría,
á Tejas, Conrado, á Tejas.
- CONR. Vamos, veo que no hay medio
de que te calles la lengua.
- LEON. Ya me conoces, Conrado:
los absurdos me exasperan.
- CONR. ¿Me dejas que acabe?
- LEON. Sigue.
- CONR. ¿Y qué dirás cuando sepas
que el casamiento es de farsa?
- LEON. ¡Ah!
- CONR. ¡Ah! si no interrumpieras...
- LEON. Vamos, eso ya es distinto.
Pero y ¿qué mujer se presta

- á ser objeto de farsa?
CONR. Mi bienhechora.
LEON. ¿La vieja?
CONR. La misma, es la mujer
que tiene el alma más bella.
LEON. El alma sí, pero el cuerpo...
¿Y cómo te las arreglas
para...
CONR. Muy sencillamente:
há poco ha venido á verla
el escribano del pueblo,
que tiene unas tragaderas...
capaz de dar fe de que él
es hijo de una ballena;
en fin, chico, un escribano
muy tramposo.
LEON. Cosa nueva.
CONR. Ha extendido la escritura,
y sin pasarla siquiera
ni al alcalde ni al registro,
que sabes que en esta tierra
son requisitos precisos
para estar casado en regla,
la hemos dado á Pancho, el cual
la ha llevado á la carrera
al señor gobernador
convidándole á la fiesta.
¿Qué te parece?
LEON. Bien, sólo
que, hablándote con franqueza,
eso de casarse, chico,
hasta en chanza me hace mella.
CONR. La Providencia me ayuda.
LEON. Mira que la Providencia
da á veces unos petardos...
CONR. Si no hay riesgo.
LEON. Dios lo quiera.
Sabes que se necesita
todo el valor de un atleta
para decir *coram pópulo*
soy marido de una vieja?
CONR. Pues yo la quiero lo mismo

- LEON. que á mi madre si viviera.
Eso está corriente, y puedes
quererla como á tu abuela.
CONR. Me voy á ayudarla á hacer
los honores de la fiesta. (Váse.)

ESCENA X.

LEON, solo.

Á estar yo en su posicion,
pregunto, ¿me casaría?
No señor, preferiría
el pan de la emigracion.
Francamente, me hace mella
ese esfuerzo sobrehumano,
un jóven que al dar la mano
aprieta un siglo con ella.
Es una barbaridad
hasta en chanza, y no lo haría
porque sé que soñaría
por la noche que es verdad.

ESCENA XI.

DICHO y PANCHO, que llega muy cansado y se sienta.

- PANCHO. Válgame Dios qué calor,
lo que he sudado y corrido.
LEON. Bien, Pancho, ya sé que has ido
á casa del gobernador.
PANCHO. ¿Conque ya le han enterao
á usté los señores?
LEON. Sí.
PANCHO. Mire usté, si no es por mí
todo estaba malograo:
pero ya se ve, el que entiende
como yo, que lo sé tóo,
hace las cosas de móo
que nadie se las enmiende.
La señora y el señor
me mandaron con premura

que llevara una escritura
al señor gobernador:
y no me han mandado en balde,
porque al salir ví el papel,
y vi que faltaba en él
el registro y el alcalde.
De suerte que el documento
que me dieron era nulo:
mas yo que siempre calculo,
¿qué te hago? En un momento,
como Dios me ha hecho tan listo,
corro al consistorio...

LEON. (Azorado.) ¿Y qué?

PANCHO. Nada, que tóo lo dejé
arreglao.

LEON. ¡Santo Cristo!

PANCHO. No conoce usted, señor,
que á no haberlo yo enmendao
era nulo?

LEON. ¡Desdichado!

PANCHO. Si ya está en regla.

LEON. Traidor,
¿conque lo has puesto por obra?

PANCHO. Lo enmendé y creí acertar.

LEON. Pues yo te voy á enmendar
la cabeza, que te sobra.

PANCHO. Pero hombre, no sea usted fiera.

LEON. Vas á morir, asesino.

PANCHO. Válgame el Cristo divino,
este hombre es una pantera.
(Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XII.

LEON, luégo CONRADO.

LEON. Le he de matar sin demora.
Cuando lo sepa Conrado...

CONR. (Saliendo.)
Chico, vengo entusiasmado.

LEON. (Ap.) ¡Cómo se lo digo ahora!

CONR. Nuestra vieja ha conseguido

- ser la reina del salon.
- LEON. (Ap.) (No sabe aún la extension del abismo en que ha caído.)
- CONR. Chico, aun cuando me alborotes, la miraba con placer.
¿Lo creerás?
- LEON. Sí. Esta mujer tiene... dotes... tiene dotes.
- CONR. Tiene mucha inteligencia.
- LEON. Mucha... y á cierta distancia...
- CONR. Y ademas mucha elegancia.
- LEON. Y ademas mucha experiencia.
- CONR. Cuando habla es tan discreta y tiene un juicio tan recto...
- LEON. Á mí me ha hecho el efecto de una mujer muy completa: y por su edad no está fea.
- CONR. En el salon me ha ocurrido creer que era su marido.
- LEON. ¿Qué efecto te hizo esa idea?
- CONR. Tal vez tú no lo creyeras: me causaba tanto agrado, que no me hubiera pesado ser su marido de veras.
- LEON. ¿Formalmente?
- CONR. Te respondo de que me sería igual.
- LEON. ¡Oh! filosofo inmortal, abrázame, has dado fondo.
- CONR. ¿Qué?
- LEON. Por una necesidad de ese imbécil mayordomo te han casado.
- CONR. ¿Cómo?
- LEON. ¡Cómo! casándote de verdad.
- CONR. No te entiendo.
- LEON. Pues yo creo que me doy bien á entender; digo que tienes mujer y eres marido y *laus Deo*.
- CONR. Leon, Leon, despacito,

- LEON. porque esa broma me hastía.
Pues amigo, no hay tu tia,
has caido en el garlito.
- CONR. Y me lo dice de un modo...
- LEON. Oye.
- CONR. Tendría que ver
que esa vieja...
- LEON. Tu mujer
está inocente de todo.
Tú has tenido la humorada
de dar la escritura nula
á ese Pancho, que calcula
en vez de comer cebada:
y él, que con santa intencion
lo enmienda todo de balde,
fué al registro y al alcalde
á que tomáran razon.
- CONR. ¿En dónde está? (Irritado.)
- LEON. Ten prudencia.
- CONR. ¿Prudencia yo? ¡Vive Dios!
Lo ménos le parto en dos
por primera providencia.

ESCENA XIII.

DICHOS y ADELA llorando.

- ADELA. ¡Despues de encargarle tanto
que lo guardára! Leon,
dejadnos. (Váse Leon respetuosamente.)
- CONR. (Ap.) (Buena ocasion
para venirme con llanto.)
- ADELA. Conrado, no acierto á fe
á hablar con vos: no sé cómo
deciros que el mayordomo...
- CONR. Lo sé, señora, lo sé.
Sé que sin saberlo vos
se permitió ese manejo:
y pues callo y no me quejo...
- ADELA. No importa, bien sabe Dios
que nunca habia pensado
que pudiese llegar dia

en que la presencia mia
os hiciese desgraciado.

Vos no os podeis figurar
cuánta amargura me dió!

CONR. (Ap.) (¿Qué apostamos á que yo
la tendré que consolar?)

ADELA. Veo que vuestra existencia
se ha nublado de impreviso;
la Providencia lo quiso.

CONR. (Ap.) (¡Buena está la Providencia!)

ADELA. Si por errores ajenos
os he hecho desgraciado,
me permitereis, Conrado,
que yo lo repare al menos;
porque desde la jornada
en que la vida os debí,
era obligacion de mí
pagar deuda tan sagrada.
Mis cuidados, mi ternura,
no os han faltado hasta ahora:
sé que eso es poco...

CONR. Señora,

me pagásteis con usura.

ADELA. No señor; yo ansiaba alguna
digna y honrosa manera
de traspasaros siquiera
la mitad de mi fortuna;
temí que esto os humillára,
porque os conozco.

CONR. Os advierto...

ADELA. Mas no quería por cierto
que la pagáseis tan cara.
Pero hoy que un lazo siniestro
nuestro destino ha ligado,
puedo deciros: Conrado,
todo lo que tengo es vuestro.

CONR. No lo acepto.

ADELA. ¿Por qué no?

nadie me lo impedirá:

vos no teneis madre ya,

dejad que lo sea yo.

Con riqueza y juventud

á España podreis volver:
yo no aspiro á merecer
más que vuestra gratitud.
Allí encontrareis honores,
amigos, dichas, placeres,
y aquellas lindas mujeres
que inspiran tantos amores:
yo... me quedaré solita
gozando, si vos gozais,
contenta con que escribais
á la pobre viejecita
vuestros amantes desvelos:
la esposa nada sabrá;
es tan vieja, que no está
ya en edad de tener celos.

CONR. (Ap.) (Á que me va á hacer llorar!)

ADELA. Pero si un dia en la vida
despierta al alma dormida
la necesidad de amar,
en que alguna niña bella
os absorba en su mirada,
y vuestra alma enamorada
no pueda vivir sin ella,
aquel dia desgraciado
de amoroso frenesí,
cuando os acordeis de mí,
no me maldigais, Conrado,
no hagais que el dolor taladre
mi alma en su sol postrero,
porque Dios sabe que os quiero
como os quiso vuestra madre.

CONR. No creais nunca, señora,
que yo os vaya á abandonar;
yo nunca podré olvidar
que fuisteis mi bienhechora.
Y ya que mi buena estrella
me da otra madre, yo que
tan ciego á mi madre amé,
os amaré como á ella.

ADELA. Ya veis, yo soy muy anciana,
no he de contar muchos dias.

CONR. ¿Vais á decir tonterias?

¡Si estais como una manzana!

ESCENA XIV.

DICHOS, LEON, que se dirige á Conrado, y PANCHO, que se dirige á Adela.

- LEON. Chico, está llena la sala
de gente que quiere irse
y desea despedirse.
- CONR. (Amostazado.)
Mándales enhoramala.
- PANCHO. ¿Tiene algo que mandar,
señora?
(Adela le señala que no y Pancho se marcha.)
- CONR. (Á Leon.) ¡Tengo una gana
de echar por una ventana
á ese tuno!
- LEON. Has de pensar
que ha servido á tu mujer,
y has de ser hombre de seso:
ya estás casado...
- CONR. Por eso,
por eso lo quiero hacer.
(Adela se habrá dirigido al fondo, al tocador.)
- ADELA. Lucía, Pachina, á ver,
¿qué es eso? ¿nadie responde?
(Toca la campanilla y entran tres doncellas.)
Á desnudarme.
- LEON. (Ap.) (Aquí es donde
Cristo empezó á padecer.)
(Mientras Adela se dirige al tocador, fondo izquierda, Leon coge á Conrado, llevándolo á la boca de la escena, derecha.)

MÚSICA.

- LEON. En luchas desiguales
ganan los bravos
las cruces laureadas
de San Fernando.

Ánimo, pues,
que un siglo te contempla,
lucha con él.

CONR.

No me faltó bravura
nunca en el campo,
mas no hay valor que baste
para este caso.

Tiemblo, pardiez,
desde la coronilla
hasta los piés.

DECLAMADO.

LEON. Conrado, yo me retiro.

CONR. ¿Te vas?

LEON. Lo exige el pudor.

Honra á tu patria, y... valor. (Váse.)

CONR.

Estoy por pegarle un tiro.

Cuando me ve en la agonía
me encarga el valor: quisiera

que en mi pellejo estuviera
á ver qué valor tendría.

Hé aquí la amistad, un coro

de farsantes por sistema,

que os deja en la hora suprema

solo, en las astas del toro.

ADELA.

(Bajando.) Ya debereis suponer
que no habrá variacion.

Esa es vuestra habitacion

y esta la mia.

CONR.

¡Oh placer!

ADELA.

No llameis nunca á deshora,

yo tengo el cuarto cerrado.

CONR.

Bueno, no tengais cuidado;

hasta mañana, señora.

(Tomando la palmatória para retirarse.)

ADELA.

¿No os quedais hoy á leer
como las noches pasadas?

CONR.

Es verdad. (Hay las criadas,
que no deben entender...)

Iba hasta el cuarto vecino

á buscar algo moderno
que leer, pero este cuaderno
me va á ahorrar el camino.

(Coge el cuaderno que Adela ha traído en su primera salida, y se sienta junto á la mesa que estará en primer término derecha; mientras Adela empieza su toilette en el tocador del fondo, tapada por sus tres doncellas.)

CONR. (Leyendo.)

«Anécdotas de la guerra.»
¿Creo que todas están
escritas de vuestra mano?

ADELA. (Desde el fondo.)

Solamente por matar
el tiempo.

CONR.

Pues en la letra
no se os conoce la edad.

ADELA.

Gracias!

CONR.

«El Gaucho celoso.»
Esta la conozco ya.
«Anécdota interesante.»
Veamos. «Al empezar
esta campaña, casó
»Adela de Monteorgaz
»con un noble mejicano
»de fortuna colosal:
»ella era niña y él viejo,
»le triplicaba la edad.»
Un enlace como el mío,
poco menos, poco más.
«Fanático el noble anciano
»por la causa nacional,
»dejó sus comodidades
»para ir á pelear
»contra las armas de España.»
(Maldito de Barrabás.)
«Su esposa, que le tenía
»un cariño filial,
»y que conocía que era
»toda la felicidad
»de aquel noble viejo, al verle
»ir á cumplir con lealtad

»su deber de mejicano,
»no le quiso abandonar;
»y aunque niña muy mimada,
»sin querer escuchar más
»que la voz de su deber,
»dijo, mi lugar está
»al lado de aquel á quien
»le dí mi fe en el altar.»
Hé aquí un tipo que me encanta:
ya tengo curiosidad
de irle siguiendo la pista.
«En un encuentro tenaz
»y sangriento, en que despues
»de un día de batallar,
»la division mejicana
»vencida y dispersa ya,
»tuvo que ceder el campo,
»vino una bala á alcanzar
»al noble esposo, que á poco
»murió con serenidad
»en los brazos de su esposa
»bendiciéndola, y á más
»nombrándola en testamento
»su heredera universal.»
Bien hecho, lo merecía,
pobrecilla.

ADELA.
CONR.

(Desde el fondo.) Continuad.
«La jóven, que se vió entónces
»en completa soledad
»y á cien leguas de su casa,
»teniendo que atravesar
»todo un país ocupado
»á cada paso por las
»fuerzas indisciplinadas
»que en todas las guerras hay,
»conoció que su belleza
»podía serle fatal.»
En eso no se engañaba,
los soldados siempre van
á caza de gangas, y en
este clima...

ADELA.

(Desde el fondo.) Continuad.

:

CONR. Continúo. «¿Qué hizo entonces
»la jóven para evitar
»los riesgos? Dobló su cuerpo,
»llenó de arrugas su faz,
»se puso peluca blanca,
»y llegó á disimular
»su voz de tal suerte, que era
»una vieja de verdad.»
Ni al demonio se le ocurre
idea más singular
y oportuna. Era la única
que la podía salvar,
porque el soldado español
teme ménos á un caiman
que á una vieja.

ADELA. ¡Qué decis!

CONR. Nada. (¡Qué barbaridad!
¡Á qué hora tan oportuna
me ocurre el filosofar!)

ADELA. ¿No continuais?

CONR. Sí, señora.

(Al decir esto habrá vuelto algo la cara y habrá visto á Adela, que estará de espaldas á él, frente al tocador, con la cabeza de vieja aún.)

¡Calla! mi mujer está
más estirada que cuando
se ha empezado á desnudar.
Este es un efecto de óptica.
«Empezó, pues, á viajar,
»cruzando leguas y leguas
»con un jóven oficial,
»que á pesar de ser muy listo
»no se le ocurrió jamás
»la sospocha más remota.»
Esto sí que no es verdad.
No hay oficial en la tierra
á quien se pueda pegar
un chasco así; digo, á ménos
de ser él muy animal.

ADELA. ¿Y por qué?

CONR. Toma, porque él
lo había de adivinar.

ADELA. Amigo, no todos tienen
vuestro talento especial,
y no obstante, el desenlace
creo que os sorprenderá.

CONR. Lo dudo, porque las fábulas
no me sorprenden jamás.
Son cuentos á los que dan
cierto barniz de interés.

ADELA. (Acercándose en elegante y sencillo negligé, y con
voz de vieja, aún con la palmatoria en la mano.)
Leedlo despacio, pues:
buenas noches, capitán.

CONR. Buenas noches.

(En este momento de volver la cara Conrado, ella
se retira precipitadamente á su cuarto y cierra la
puerta. Conrado, como herido de un rayo, suelta
el cuaderno y da un violento sacudimiento en la
silla, sin saber lo que le pasa.)

¡Qué vision!

(Registra con la vista el cuarto, y dirigiéndose á
las doncellas.)

¿En dónde está mi mujer?

(Las doncellas le señalan que es la que acaba de
meterse en el cuarto.)

¿Aquella? No puede ser.

Dios mio, es una ilusion,

ó es un delirio insensato

que mis sentidos fascina,

con la cara peregrina

de aquel divino retrato?

Aquellos rasgos que impresos

conservo en mi corazon,

los suyos, los suyos son.

(Empieza á golpear la puerta de Adela.)

ESCENA XV.

DICHOS, LEON, PANCHO.

LEON. Hombre, ¿qué golpes son esos?

CONR. (Lleno de efusion.)

Que es mi esposa angelical

- la que tu pincel pintó.
- LEON. (Le mira azorado y le pone la mano en la frente.)
(Ap.) (Ya me lo temía yo,
un ataque cerebral.)
- CONR. Chico, estoy loco de amor.
Pancho, Pancho, te bendigo.
- LEON. (Ap.) (Y le abraza; ¡ay, pobre amigo!)
(Gritando.)
¡Que llamen á un sangrador.
- CONR. ¿Estás loco?
- LEON. Por supuesto.
- CONR. ¿Pues á quién quieres sangrar?
- LEON. No temas, hay que evitar...
una congestión.
(En este momento sale Adela de su cuarto con la pal-
matoria en la mano, que deja sobre una mesa, y al-
verla Leon y Pancho quedan estupefactos.)
- LEON y PANCHO. ¿Qué es esto?
- ADELA. Tengo un marido glacial
que quiere separación,
y aquella es su habitación
y esta es la mía.
- LEON. (Á Conrado.) ¡Animal!
- CONR. (Cayendo á sus piés.)
No lo repitais jamás,
señora, por compasión.
Yo os daré mi corazón
y mi alma, ¿qué queréis más?
Donde vos esteis, allí
viviré yo prisionero.
- ADELA. Conrado, yo sólo quiero
que me querais siempre así.
- PANCHO. (Á Leon.)
Habeis visto si obré bien:
¿quién tenía razón?
- LEON. Con esta transformación,
Pancho, cásame también.

MÚSICA.

ADELA.

De un nuevo sol

la inmensa claridad
viene mi vida
á iluminar.
Mi porvenir
al lado del que amé,
de aromas puras
es un verjel.
En derredor
aspiro amor
y el paraíso
se me abre ya.
El alma fiel
á la voz de él
á nueva vida
renacerá:
amada soy,
no cabe en mí el placer,
muero de amor,
muero de amor por él.

CONR. }
LEON. } Todo es amor,
PANCHO. } todo es aquí placer,
 } el corazón
 } respira en un eden.

FIN DE LA ZARZUELA.

*He examinado esta zarzuela y no hallo in-
conveniente en su representacion.
Madrid 15 de Octubre de 1860.*

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

AUMENTO A LA ADICION DE 26 DE NOVIEMBRE DE 1875.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Uesante y apaleado.....	1	D. Armengol Marqués..	Todo.
Contra soberbia humildad.....	1	Juan de Alba.....	»
Don Rufo Revueltas.....	1	Luis Pacheco.....	»
El grano de arena.....	1	E. Jackson Cortés...	»
El único ejemplar.....	1	Miguel Echegaray...	»
La mujer de Putifar.....	1	Juan Bergaño.....	»
La veleta.....	1	Luis Pacheco.....	»
Las lunas del amor.....	1	R. García Santisteban.	»
Los encantos de la voz.....	1	Manuel Juan Diaaa..	»
Lucrecia Borges.....	1	F. Lopez Valois.....	»
Muertos que resucitan.....	1	Pedro Escamilla.....	»
Por un majuelo.....	1	Luis Pacheco.....	»
Un sol que nace y un sol que muere...	1	José Echegaray.....	»
Desde la Granja á Segovia.....	2	Emilio Alvarez.....	»
El nido de la cigüeña.....	2	Juan Bergaño.....	»
Las desdichas de un buen mozo.....	2	N. Serra.....	Mitad.
Los alfilerazos.....	2	S. María Granés.....	Todo.
Figuras de cera.....	3	José Marco.....	»
Las fiestas del hogar.....	3	Sres. E. Alvarez y Ricardo Puente y Brañas...	»
El verdugo de mi hijo.....	3	Sres. E. y Alberto E. Rossi.....	»
La mejor conquista.....	3	D. Juan José Herranz...	»
Tres piés al gato.....	3	L. Marieno de Larra.	»
Vivir al día.....	3	R. María Liern.....	»
El Florentino.....	5	Juan Belza.....	»

ZARZUELAS.

El fresco de Jordan.....	1	S. María Granés....	Libro.
La Paz.....	1	R. Puente y Brañas..	Libro.
Una conspiracion.....	1	D. M. Genaro Rentero...	Libro.
Entre el alcalde y el rey.....	3	G. Nuñez de Arce....	Libro.
La Marsellesa.....	3	M. Ferndz. Caballero.	Música

NOTA. Han pasado á la administracion de esta Galeria todas las obras de la titulada *El Teatro Económico*, propiedad de los Sres. Don V. Llorente y D. Carlos Borghini; y dejado de pertenecer la música de la zarzuela en un acto *Als Ladres*, de D. Benito Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé, Jacometrezo*, número 44, y de *Duran*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los correspondientes de esta Galería.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.